ESPASA
CLÁSICOS
JUVENIL

CUENTOS DEL TREN

SELECCIÓN DE
SEVE CALLEJA

ESPASA

Historias del ferrocarril,
de Jan Neruda

Recoge este relato dos instantáneas: La señora condesa *y* La viuda, *independientes entre sí y cuyo nexo de unión es el tren mismo, como lugar de encuentro de sus protagonistas, personajes anónimos que van perfilándose a medida que transcurre el viaje, es decir, el relato. Historias fugaces que parecen atrapadas al vuelo por el narrador-testigo: «No hay nada más aburrido que un viaje en ferrocarril», nos dice, dando a entender seguramente su frustración ante la imposibilidad de retener la vida en movimiento. Como la mayoría de sus cuentos, es también éste muestra de un portentoso realismo: en él se adivina la presencia del autor-observador, a veces socarrón ante los transeúntes que dibuja no sin ternura y añoranza.*

Jan Neruda (Praga, 1834 – íd., 1891) está considerado uno de los grandes poetas y narradores checos. Periodista, viajero empedernido, fue autor de abundantes relatos recogidos en libros como Cuadros parisienses, Imágenes de la vieja Praga, Cuentos de la Malá Strana *o* Escenas y arabescos.

Historias del ferrocarril *pertenece al volumen de relatos* Escenas y arabescos *y ha sido recogido de la versión publicada por la Editorial Juventud, con traducción de Virginia Pérez.*

1
La señora condesa

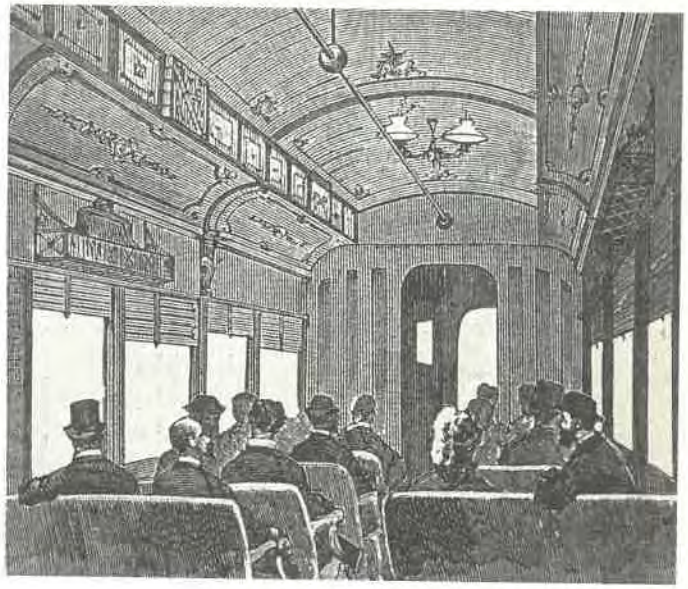
ESTABA sentado en un vagón lleno. ¡Quién sabe lo que significa entre nosotros un compartimento lleno! No se puede afirmar, a buen seguro, que yo iba cómodamente sentado. Ocho personas apretadas como borregos en un espacio apenas lo bastante amplio para seis, todas estorbándose el paso y disculpándose a cada instante; quizá lo único que pretenda la dirección del ferrocarril de esa manera es sólo dar al honorable público ocasión para divertirse. A propósito: no hay nada más aburrido que un viaje en ferrocarril. Es verdad que se llega pronto al lugar deseado; sin embargo, ¡Dios santo, qué tiempos dorados aquellos del coche de punto y de la diligencia, a pesar de todo el traqueteo y los morados que le salían a uno! Los bellos paisajes, en compensación, no le pasaban a uno por delante de las narices a la velocidad del rayo, y si el viaje se hacía desmasiado largo, uno siempre podía apearse, si el camino era cuesta arriba, y dar un bonito paseo. Incluso cuando viajábamos con el cochero

y no teníamos tiempo en todo el trayecto de saltar del coche, nos complacía mucho más que hoy hacer un viaje. Y después, ¡ese cambio continuo de viajeros! Apenas ha echado uno un vistazo alrededor y elegido las personas más interesantes según la cara y la ropa, apenas se ha decidido uno a hablarles, cuando suena un silbato, se abre la puerta y la interesante persona se despide de la manera más cortés.

Pero en aquella ocasión no era el cambio de compañeros de viaje lo que me importunaba —no en aquella ocasión, precisamente cuando más lo deseaba; ocho personas, y siete eran gordas y fofas—. ¿Dónde iba a encontrar yo, el flaco octavo, un sitio cómodo? Iba sentado junto a la ventanilla. Frente a mí iba un caballero de edad y cabellos grises, con un rostro muy expresivo. Sus cabellos empezaban a platear, y bajo las pobladas cejas blancas brillaban dos ojos tan vivos y negros como he visto pocos hasta ahora. Las caras de los demás viajeros, cinco hombres y una mujer de unos cuarenta años, no tenían nada de particular, excepto que las cinco eran terriblemente gordas, a lo que venían a añadirse, en el caso de la mujer, un gorrito de viaje de muy mal gusto y con largas puntillas. Pronto advertí que todos ellos, excepto el anciano caballero, se conocían entre sí. Hablaban de cosas muy concretas, sin ningún interés para mí, y preguntaban por este y aquel otro conocido. Pronto desistí de seguirles la conversación, y sólo de tanto en tanto llegaba hasta mis oídos alguna que otra frase aislada sobre viejas solteronas, quienes, tal y como suceden a veces las cosas, se habían quedado para vestir santos; sobre un guarda de cercado que había perdido una pierna por su propia imprudencia; sobre caballos de crianza fabulosos a tres mil florines el ejemplar; sobre un joven molinero que había liquidado sus deudas al casarse con una mujer rica, y así sucesivamente.

Yo miraba desfilar ante mí el paisaje por la ventana. A la derecha, tierras de suaves colinas, rodeadas de bosques y atravesadas por hermosos valles.

De pronto se abrió ante nuestros ojos un amplio valle. Hasta donde alcanzaba la vista, el valle parecía transformado



en un espléndido vergel. Al fondo se veía el espeso follaje de un grupo de árboles, en donde destacaba el techo negro e inclinado de un pequeño castillo.

—¡Ah, el castillo de la señora condesa! —dejó escapar el hombre que estaba sentado a mi lado.

Sin querer, me volví hacia el que había hablado, y noté en él un gesto extrañamente burlón, gesto que se apoderó en seguida también de las demás caras.

—Y así, ¿qué? ¿Todavía nada con la señora condesa? —observó un viajero sentado frente a él.

—Todavía no, pero yo creo que... pronto oiremos algo.

—¡Hombre, eso está claro! —sentenció un tercero—. ¡Pronto le van a sonar muchas cosas a chino al señor conde!

—¡Naturalmente! ¡No puede ser de otra manera! ¡Yo tengo verdadera curiosidad por saber cómo acabará todo esto!

—¡Ya! Señores, ¿saben ustedes, en lo tocante al caso...? ¡Es muy guapa!

—¡Sí que lo es; guapísima, e incluso, tal como dice la gobernanta de la baronesa de P., es también muy instruida!

—Y buena; que de eso también podría decir yo algunas palabras. Hace poco, cuando se incendió Luznicer y la gente perdió todos sus bienes, ella fue la única entre todos los nobles de los alrededores (pero la única; para eso es condesa y pertenece a la nobleza), fue, digo, la única en ir al lugar. ¡Tendrían que haberla visto! Vino con sus doncellas y dos costureras e hizo que trajeran un carro lleno de ropa y lino. Las pobres gentes de Luznicer iban, como aquel que dice, desnudas. La señora condesa repartió las prendas de vestir y una buena cantidad de dinero y estuvo cosiendo dos semanas con sus doncellas y modistas e hizo que trajeran ropa de Praga. La gente de Luznicer le habría besado los pies de buena gana. Al cabo de dos semanas llegó el señor conde para recogerla, y cuando vio cómo lo había organizado todo en ese tiempo, la abrazó delante de todos los ciudadanos. Es como un niño, el señor conde.

—Pero todo eso no sirve de nada; ser condesa...

—¡Justamente! Bien sabe Dios que no consigo entender nada de esa historia.

—¿No la conoce?

—¡No! Todo lo que sé es lo que va contando la gente por ahí; pero eso no son seguramente más que rumores absurdos. Dicen que la condesa, de pequeña... Pero eso es ridículo... En fin, ya sabe usted; dicen que vendía cerillas.

—¡Y así fue! Me lo ha contado el mismo ayuda de cámara del señor conde. Cuando el señor conde todavía estudiaba en Viena, estaba él una vez en una taberna con unos jóvenes caballeros alemanes. Entonces se acercó una niña a uno de los caballeros y le ofreció cerillas, en un idioma, además, que él no conocía. El caballero la apartó de su lado, cosa que hicieron también los otros dos. Ella hablaba, así me lo han contado, asustada y en voz baja, de modo que el señor conde no podía entenderla mientras hablaba con los otros caballeros. Por fin se acercó más adonde estaba él, y oyó entonces que la niña hablaba en checo. En Viena hay gran cantidad de vagabundas venidas de Bohemia (que el Señor me perdone mis pecados; cuando digo vagabundas

no me refiero, por supuesto, a la señora condesa); yo mismo he visto allí a menudo a esos mendigos. El señor conde, sin embargo, se interesó por ella y no tardó en preguntarle el cómo y el porqué. Ella le contó que su padre había sido guardabosques, pero que había perdido su trabajo y que ahora se tenía que ganar el pan tocando por las tabernas. En fin, sin duda era un tipo refinado, el padre. El señor conde sacó entonces un céntimo de plata y se lo dio a la niña.

—Con eso no tengo bastante —dijo la niña.

—¿Cómo que no tienes bastante?

—¡Imagínese usted la sorpresa que debió de llevarse! ¡Un céntimo de plata!

—¿Cómo voy a tener bastante si mi padre está enfermo? Tiene usted que comprarlo todo y darme tres monedas de veinte céntimos.

»El señor conde explicó más tarde a su ayuda de cámara que la niña le había mirado de tal manera al decir aquello, que le había conmovido. Sí, es verdad que tiene los ojos bonitos. Grandes y azules y tan increíblemente claros... ¡Pero el señor conde también es un caballero muy bueno! La sentó de inmediato en su regazo e hizo que se lo contara todo. Ella sólo se quedó un ratito y al poco se bajó de su regazo diciendo que tenía que irse a casa con su padre. Pero el señor conde ya no la dejó marchar, la subió a su carruaje y la llevó a casa. A partir de ese día se acabó la miseria, naturalmente. El guardabosques recobró la salud, y ahora debe de estar en algún lugar de las propiedades del señor conde en Silesia, como jefe forestal. La niña entró en un pensionado de Praga y permaneció allí hasta los dieciséis años. Durante todo ese tiempo, el señor conde no la vio ni una sola vez, y cuando iba a preguntar por ella, la niña no debía enterarse de que él era su benefactor. Pero ¿qué fue lo que sucedió entre tanto? La joven se había convertido en una belleza floreciente. Él se enamoró de ella. Y como los señores tienen a veces esas ocurrencias tan extrañas, le ordenó por escrito que abandonara el instituto, pero sin alejarse de Praga. No podía seguir prestándole gran ayuda financiera (piense usted un poco);

ahora debía mantenerse ella sola. La muchacha obedeció y empezó a dar, como suele decirse, clases de francés a jóvenes señoritas y se ganaba bastante bien la vida. El señor conde se alegró mucho y la hizo pasar por todo tipo de pruebas; intentó incluso quebrantar su virtud con una gran fortuna; pero ella superó también esa prueba. En fin, ya se verá si permanece tan virtuosa también en el futuro. Semejantes señoras..., ¡no vale la pena gastar palabras en ellas!

»Entonces el señor conde se dio a conocer disfrazado de pequeño funcionario; el ayuda de cámara sostiene que ella le quería de verdad y que, con toda seguridad, no sabía quién era él. Pero yo creo que había demasiadas cosas en juego y que ella sabía muy bien quién tenía delante. Su padre tenía que estar enterado de la gran fortuna que poseía el señor conde... Por favor, ¡su padre!, seguro que es zorro viejo, y es de suponer que le dio a la hija las instrucciones adecuadas para que ella no fallara en nada. ¡Ya conocemos el paño! Bueno, entonces se casaron. Se decía que él había ido a buscar a la novia, y se pensaba que aquella que había traído con él era alguna princesa.

»Es un hombre bueno, un pedazo de pan, pero tiene todo tipo de rarezas. Yo le deseo de todo corazón que no tenga que arrepentirse nunca, pues soy hombre de buen corazón; pero siempre lo digo: lo que viene de abajo, eso... En fin, usted ya me entiende...

Los señores gordos asintieron.

La locomotora dejó escapar de repente un silbido y mi vecino prosiguió:

—Ahora llegaremos al otro castillo de la señora condesa. ¡Dos feudos ha puesto él a su nombre! Claro que... es prácticamente el noble más rico de toda Bohemia; pero, como ya he dicho, ¡yo le desearía que no tenga que arrepentirse nunca!

El tren se detuvo y el revisor abrió la puerta. El anciano caballero se levantó y cogió su bolsa de viaje del portaequipajes.

—¡Mis respetos a todos! ¡Ha sido un honor! Le transmitiré sus deseos a mi yerno el conde; seguro que se alegrará, y por ello quisiera darles las gracias por adelantado en su nombre. ¡Hasta la vista, caballeros!

Saltó del vagón fresco y jovial como un muchacho. En la estación, en medio de una desbandada de chiquillos, aguardaba una dama alta, delgada y elegantemente vestida. Apenas divisó al anciano caballero, echó a correr hacia él, veloz como una gacela, y le echó los brazos al cuello visiblemente emocionada. Un ayuda de cámara vestido con distinción le cogió al anciano la cartera de la mano.

—La señora condesa —susurré sin querer al ver a la dama, la cual ya conocía yo de Praga—, como adorno de la feminidad.

El tren se puso en movimiento. En mi compartimento reinaba el silencio, un silencio casi de muerte. Todos miraban callados a mi vecino, quien, a su vez, miraba confuso por la ventana con la cara roja como la grana.

—No crean que el asunto me resulta indiferente, señores míos —se volvió por fin hacia nosotros con una sonrisa forzada y con voz temblorosa—. Precisamente me disponía a llevar a mi hijo a las propiedades del conde.

—¡Eso sí resulta un poco indecoroso! —dejó escapar el señor sentado frente a él.

2
La viuda

En un coche de segunda clase se habían sentado dos personas junto a la ventanilla, una enfrente de otra. Estaban solas en el compartimento.

Una de ellas era una mujer de unos veintiséis años de edad, alta, delgada, de tez morena, ojos negros y abundante pelo negro también. Su rostro tenía un aire extraordinariamente noble; sobre todo la nariz y la boca, roja como la sangre, hacían quedarse prendido de su forma a todo aquel que

las mirara. Cada uno de sus movimientos, incluso los más insignificantes, daban muestras de un algo conmovedor en su nobleza. Desde que abandonara Praga no había dejado de mirar por la ventana a lo lejos. Lo hacía por un motivo muy evidente. Al deslizarse el tren fuera de la estación, había echado un vistazo a sus compañeros de viaje, y, al hacerlo, su mirada se había cruzado con dos ojos tan negros y centelleantes que la observaban tan atenta y descaradamente, que la había vuelto a apartar con rapidez, sin preocuparse más de su compañero.

El vecino de la bella dama era otro fenómeno también interesante. Era alto y delgado. Su rostro, algo hundido y demacrado, estaba recubierto de un saludable color de piel; su morena tez armonizaba perfectamente con el largo bigote, negro como el azabache y escrupulosamente cuidado. Tenía las cejas arqueadas. La dama hacía bien en contemplar el paisaje y no exponerse a un azoramiento innecesario, pues él la miraba del mismo modo insistente y curioso con que ella miraba la ventana.

Naturalmente, en la mirada del hombre no podía leerse rastro alguno de animadversión, antes bien, al contrario, revelaba una cierta simpatía. Cuando notó que la dama no dejaba de mirar por la ventana, por unos momentos se dibujó una sonrisa casi burlona alrededor de su boca.

Aguardó casi una hora en silencio; de repente estiró la mano y tocó el brazo de la dama, la cual se estremeció sorprendida.

—Perdone, ¿por quién lleva usted luto?

La mujer se irguió orgullosa y siguió mirando en silencio por la ventana.

Su vecino sonreía.

—Bella dama, le he preguntado por quién lleva luto.

—En caso de que sea ésa su manera de iniciar una conversación, no puede negarse que tiene usted cierta originalidad —no pudo reprimir una sonrisa; sus ojos se apartaron de la ventana y se quedaron clavados de manera inquisitiva en el atrevido interlocutor.

Él, contento, hizo una inclinación de cabeza.

—Así está mejor, bella dama; nada de enemistades; no puedo soportarlas. Mire usted, respetable señora; yo la interrogaré, en interés propio (es de gran importancia para mí), y usted me responderá. Si lo desea, puede usted preguntarme después y yo no dejaré sus preguntas sin respuesta.

—Pero yo no soy nada curiosa —sonrió de nuevo.

—¿No? Eso está bien, ¡muy bien! En ese caso, se lo contaré todo yo mismo. Yo tampoco soy curioso, pero usted debe responder; es muy importante para mí.

—Ya veo que si no contesto a sus preguntas, no me dejará usted en paz en todo el viaje. Llevo luto por mi esposo.

—¿Su esposo? ¡Ah, me alegro!

—¿Cómo dice? ¿Qué es lo que le alegra?

—¡No, nada, disculpe! De repente se me han ido los pensamientos a otra parte y se me ha escapado una de esas frases que se le escapan a uno cien veces al día. Y dígame, ¿qué profesión tenía su esposo?

—Coronel retirado.

—¡Oh, entonces debía de estar ya entrado en años!

—¡Qué va! ¡Todavía no era tan mayor! Al morir hace dos años, no tenía más que setenta y dos —dijo atropelladamente, como para disculpar al difunto.

—¿Y desde hace dos años le guarda usted luto?

La señora volvió a girarse rápidamente.

—Espero no haberla ofendido.

—Ahora ya sabe lo que quería saber.

—¡Oh, no! Lleva usted luto profundo; ¿es que tal vez ha muerto su padre?

Ella sacudió simplemente la cabeza y suspiró.

—No puedo permitir que suspire usted de esa manera. ¿Por qué suspira usted cuando piensa en su padre?

—¡Señor mío, sus preguntas empiezan a hacérseme insoportables!

—Seguro que es usted hija única.

—No —contestó, airada.

—¿Tiene usted quizá un hermano?

—Dos hermanos y cinco hermanas —respondió deprisa y sin compasión, sin poder, sin embargo, reprimir una sonrisa.

—¿Y qué profesión tiene su padre, si es tan amable?

—Recaudador imperial de impuestos, antiguo capitán, sesenta años de edad, católico y seis pies completos de estatura.

Ambos se echaron a reír.

—Y ahora una pregunta muy indiscreta; quizá entonces la deje en paz.

—¿Quizá?

—Claro que quizá; no puedo saberlo todavía. Disculpe, ¿le ha dejado su esposo fortuna?

La mujer volvió a girar el rostro en silencio.

—¿Una gran fortuna?

—¡Tengo bastante con su pensión y su nombre! —respondió ella con orgullo.

—¡Ah, eso me alegra! Ahora le contaré yo a usted. Soy un rico propietario de tierras, de Polonia. Mi fortuna era antiguamente mayor que ahora, si bien sigue siendo bastante grande. Pero en el transcurso de breve tiempo malgasté y derroché medio millón. Me harté entonces de la vida disipada y regresé a casa. A pesar de ser conocido por todos como un calavera, me rondaban bastantes muchachas que se habrían casado conmigo de buen grado, y eso que yo mostraba siempre mi peor lado y hacía de mí un monstruo mayor del que era en realidad. Eso me irritó y permanecí soltero. Vivía como un ermitaño. Pero al fin me cansé también de esa vida y decidí contraer matrimonio a pesar de todo. No quería a ninguna de las hijas de los alrededores y tampoco conocía otras chicas; así que partí otra vez de viaje para buscarme una mujer. Si no encuentro ninguna, me pegaré un tiro. Usted me gusta. ¿Quiere tomarme por esposo?

Una vez hubo terminado su discurso, ella se echó a reír a carcajadas. La cara de él, sin embargo, estaba seria y, al echarse ella a reír, su semblante fue volviéndose cada vez más triste, hasta que, de repente, ella dejó de reír. Le observó largo tiempo con atención.

—Si me promete no abusar de mis palabras, le daré inmediatamente dos motivos por los que no acepto. En primer lugar, no poseo nada, excepto mi pensión, que perdería si me casara con usted, y, después, a mi padre y a mi familia les va tan mal de momento, que debo ayudarles con los ingresos que obtenga de la venta de algunas cosas que me dejó mi marido y compartir con ellos la pensión.

—¿Y el segundo motivo? —inquirió él seguidamente, con los ojos resplandecientes de esperanza.

—¿Acaso he dicho que tenía dos motivos? Yo misma he prometido ser sincera. Antes de casarme había estado enamorada..., pero no volví a encontrar al amigo de juventud hasta después de la muerte de mi marido. Sin embargo, apenas pasado el año de luto murió mi prometido...

—¿Y todavía lleva usted luto por él?

—Soy viuda por dos veces —se quejó, melancólica, y con un movimiento rápido se volvió hacia la ventana—. Estamos llegando a Leitmerits. Aquí es donde vivo.

El tren aminoró la marcha.

—El primer motivo es insignificante en relación con mi fortuna; el segundo se ha resuelto ya por sí mismo. Si me quiere, tómeme; ¡no se arrepentirá! A mí me hará feliz y en cuanto a usted... posiblemente lo será también. ¿Permite que visite con usted a su familia, mis futuros parientes?

Ella le miraba en silencio y le pareció ver en sus ojos una expresión de franqueza y bondad.

El tren se detuvo y ambos descendieron. El polaco le dio al instante dos táleros al revisor y le ordenó que guardara su equipaje.

Entonces apretó el paso tras la esbelta dama vestida de negro que iba un trecho por delante de él.

Le ofreció el brazo y... ella lo tomó.